

culpa, la de que era casi general; los mismos Italianos, pueblo más político que religioso, arrojaron la piedra contra Francisco I: "La alianza turca es una vergüenza para la Francia," exclamaba un embajador de Venecia (1). "Las piedras, dice otro italiano, deberían levantarse contra el rey cristianísimo," (2).

La posteridad está dividida en la apreciación de esa famosa alianza. Dicho se está que los católicos la reprueban como un acto impío: "Francisco I, dice *Raynaldi*, olvidó su nombre de cristiano, olvidó su salvación cuando se alió con los enemigos de Cristo." Y el historiador eclesiástico encuentra una venganza divina para un crimen tan enorme; Dios castigó al rey de Francia extinguiendo su raza (3). Los escritores políticos son de opinión enteramente opuesta; si critican á Francisco I, es por no haber hecho ántes una alianza sólida con Soliman: "Sus relaciones con los Turcos, dice *Ancillon*, se entablaron demasiado tarde y nunca fueron bastante íntimas: la religión ó el temor de irritar al papa le contuvieron," (4). Los historiadores modernos hacen bien en elevarse por cima de las preocupaciones religiosas al juzgar la alianza turca, pero pierden de vista otro aspecto de la cuestión. Alguna vez llamamos Bárbaros á los Turcos, y lo eran realmente en el siglo XVI; sus guerras no se parecían en nada á las de las naciones cristianas; eran piraterías y vandalismo; los vencidos eran llevados para ser vendidos á Constantinopla, y hasta los habitantes inofensivos, sorprendidos durante la noche, eran tratados como enemigos. De forma que no es solamente la fe, es la humanidad la que se subleva cuando se ve al aliado de Francisco I arrastrando á la esclavitud á miles de mujeres y de niños al amparo de la alianza francesa. En vano se dice que la liga tendía únicamente á defender á la Francia y á la Europa contra la dominación de la Casa de Austria. Por de pronto, la alianza no era puramente defensiva; y aunque lo hubiese sido, no es cierto que sean legítimos todos los medios, ni áun tratándose de defender la existencia; el medio de encontrar en sí

(1) ALBERI, *Relazione*, t. I, p. 167.

(2) LUGO DI SORIA al cardenal de Trento (BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinand's*, t. IX, p. 270).

(3) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1535, núm. 21; ad a. 1537, número 50.

(4) ANCIILLON, *Cuadro de las revoluciones verificadas en el sistema político de Europa*, t. I, p. 202.

mismo su legitimidad; de lo contrario, hay que aceptar la moral perversa que se echa en cara á los jesuitas, diciendo que el fin lo justifica todo.

Francisco I es tanto más culpable cuanto que su alianza con los Turcos ni siquiera era leal: quería reconquistar á Milan, y todos los medios al efecto eran para él buenos: daba una mano á los infieles, y, á la vez amigo y enemigo, ofrecía la otra á Carlos V contra ellos. Ese egoísmo desleal, en lugar de darle fuerza, produjo su debilidad. Un contemporáneo, partidario de la alianza, observa que, á pesar del socorro de los Turcos, los asuntos del rey fueron cada vez peor (1). Enrique II hizo esa misma confesión cuando escribió á su embajador en Constantinopla: "Se me censura por todo el mundo de haber sido siempre demasiado créculo en la amistad del Gran Señor, visto que las fuerzas que frecuentemente me ha enviado han sido empleadas por sus ministros y generales en perjudicar á la cristiandad más bien que en herir en lo vivo al enemigo común, resultando de ello todo lo contrario de lo que yo esperaba," (2). "Si los reyes de Francia, añade un embajador francés en Constantinopla, hubiesen empleado el dinero que les ha costado la alianza turca en construir buques, hubiesen quizá obtenido más victorias que las que les han quitado de las manos la insolencia de los Turcos y la codicia de botín," (3). ¿Por qué aprovechó tan poco á Francisco I la alianza turca? Porque era aliado poco sincero, siempre dispuesto á hacer traición á sus amigos, lo mismo al sultan que á los protestantes de Alemania, contra los que hubiera empleado sus fuerzas si Carlos V hubiese consentido en darle el ducado de Milan. Era una política sin principio, sin convicción, fundada en el engaño y la mala fe, y Dios no quiere que el fraude aproveche al que le emplea. La historia es una gran lección de moral que da Dios á las naciones y á los que dirigen sus destinos.

Pero si la historia debe condenar la política inmoral de Francisco I, eso no quiere decir que la alianza turca no fuese uno de los grandes acontecimientos de la historia bajo el punto de vista providencial; contra los designios de aquellos que la

(1) MONTLUC, *Memorias PETITOT*, t. XX, p. 535.

(2) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. II, página 324.

(3) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. II, página 744, nota.

celebraron tiene una importancia religiosa más que política. Esa alianza destruyó la unidad cristiana, que estaba viciada en su esencia, porque en nombre de la caridad y de la fraternidad predicaba el odio y la división. Todavía en el siglo XVI duraban esos sentimientos entre los ortodoxos, y de ello nos ofrece un curioso testimonio un papa canonizado. Carlos IX, en una carta dirigida á Pio V, llamó al sultan emperador de los Turcos, y el Santo Padre le responde "que aquel que no conocía al verdadero Dios no podía ser nunca emperador: *dar el nombre de emperador á un infiel era lo mismo que llamar bien al mal y mal al bien*," (1).

Hé aquí los sentimientos estrechos de una religión que, llamándose universal, rechazaba la unidad humana. Verdaderamente el catolicismo no ha comprendido jamás esa unidad; no ha concebido la unidad más que bajo la forma religiosa, falsa unidad que debía ser destruida para que sobre sus ruinas pudiera levantarse la verdadera unidad. Aquella fué la obra de Lutero y de Francisco I. Pero no confundamos en nuestra admiración al reformador sincero y ardiente en sus convicciones hasta la ceguedad con el príncipe frívolo y ligero, sin ley y sin fe, que se aliaba al Turco y al papa porque no creía ni en el uno ni en el otro. La gloria pertenece á Dios, y después de Él á la raza francesa, que, siendo cosmopolita por esencia, la correspondía inaugurar la era de la humanidad.

#### § V.—Lo que quieren los hombres y lo que quiere Dios.

Cuando los historiadores muestran la mano de Dios en los destinos del género humano se les suele acusar de fatalismo, y se dice que es negar la libertad del hombre afirmar que es un instrumento de la Providencia. Por nuestra parte aplaudimos esa reacción contra el fatalismo histórico, porque sin un sentimiento enérgico de la libertad, los pueblos se abaten y mueren. Mas para dar lugar al hombre en la historia no es necesario quitárselo á Dios; hay en ella la parte correspondiente á la libertad humana y también la de la acción providencial; el ideal consiste en que el hombre, usando de su libertad, no quiera nunca más que lo que Dios quiere; pero ese ideal es irrealizable, por lo

(1) FALLOUX, *Historia de San Pio V*, t. II, p. 239.

mismo que supone la perfección en un sér imperfecto; lo cual no obsta para que la misión de las criaturas sea la de irse progresivamente acercando á la perfección del Creador. Cuanto más avanza la humanidad más conciencia tiene de los designios de Dios, y más puede y más debe conformarse á ellos; pero siempre habrá una oposición, mayor ó menor, entre lo que quieren los hombres y lo que quiere Dios. Esa oposición se manifiesta en la historia, la cual nos revela de una parte los designios de Dios, y nos muestra de otra la vana ambición de los hombres. No atribuyamos á éstos la gloria de los resultados de sus propios actos, resultados que ni han previsto ni tal vez querido; pero tampoco les condenemos; apreciándolo todo tendremos que considerar lo que debían hacer y lo que han hecho; pero sus méritos ó deméritos no tienen nada de común con el fin que se propone la Providencia. Conviene, sin embargo, poner en evidencia ese fin en cada ocasión, para que los hombres reconozcan la mano que los protege y los conduce, y para que procuren penetrar los designios de Dios, á fin de que se armonicen cada vez más sus acciones con la voluntad de éste. Hé aquí la parte de la libertad humana: ¿quién se atrevería á quejarse de ese lote si lo aprecia en toda su magnitud? (a).

Hemos dicho que se había dado demasiado honor á Carlos V atribuyéndole la ambición de la monarquía universal; su ideal era el imperio romano de Alemania, y sólo quiso reconstituir la unidad cristiana, que se disolvía precisamente en el momento en que él llegó al imperio. Carlos V estaba de acuerdo con el papa y debía creer que caminaba por la buena senda; pero si el papado es infalible en el orden religioso, no lo es de modo alguno en el orden político. El papa y el emperador se engañaban igualmente respecto á la marcha

(a) El autor pone aquí de manifiesto el error que á nuestro juicio entraña su doctrina filosófica. El hombre, dice, es ejecutor las más de las veces inconsciente de los designios de Dios; por consiguiente, no le corresponde gloria ni vituperio por sus actos; no merece absolución ni condenación, elogio ni censura: «no le condenemos», dice. Cierto: si no son más que instrumentos y ejecutores de los designios de Dios, injusto fuera el condenarlos como el glorificarlos; la gloria es de Dios. en efecto; pero entonces también la responsabilidad del mal que hagan los hombres, tanto más cuanto que ese mismo mal contribuye á los fines de Dios, según Laurent. ¿Es otra cosa semejante teoría que un puro fatalismo? El autor lo ha visto, y se defiende del cargo en muchos lugares de su obra, pero inútilmente, á nuestro modo de ver. Más adelante se hace esto visible cuando expone la doctrina del historiador *Commines*.—(N. del T.)

providencial de la humanidad; cegados por su orgullo, los dos vicarios de Dios se imaginaban que la unidad católica era una ley divina, inmutable, y que ellos serían siempre los jefes espirituales y temporales de la cristiandad; no veían que la unidad de la Edad Media había tenido solamente una misión pasajera, y que la tendencia providencial de los hechos revelaba el propósito de romperla para dar lugar á las nacionalidades, base de la futura unidad del género humano. El siglo XVI iba á consumar la ruptura; y fué entonces cuando Carlos V trató de sostener, ó más bien de resucitar la unidad, que ya estaba muerta en la esfera de las ideas. ¿Qué representaba Carlos V? ¿Era el órgano de una nacionalidad? No; ni era Español, ni Belga, ni Aleman, ni Italiano, era jefe de una familia, de la Casa de Austria: emperador, quería someter las naciones más diversas á las mismas leyes: obra imposible, contraria á los designios de Dios, y por eso Carlos V fracasó completamente.

En la Edad Media, la unidad se apoyaba en la religión; pero la paz de Augsburgo rompió la unidad religiosa, y, por consecuencia, la unidad política; el papa rehusó firmarla, y hasta se negó á reconocer la abdicación de Carlos V y la elección de Fernando; de esta manera se rompió el último lazo que ligaba al imperio con el papado. Carlos V trató de hacer el imperio hereditario en su familia; pero la enérgica resistencia de los príncipes alemanes le obligó á renunciar á su proyecto. Fiel á su lema, Carlos V tenía la ambición de ir siempre más allá, *plus ultra*: quería reconquistar las provincias que habían pertenecido á la Borgoña y al imperio. ¿Qué es lo que ganó el santo romano imperio con las largas guerras de su emperador? El imperio perdió sus posesiones italianas para que entrasen en el dominio particular de la Casa de España; perdió los Países-Bajos, una parte de la Lorena y los tres obispados que Carlos V trató en vano de recobrar. La misión del emperador era combatir á los infieles; y Carlos V no hizo la guerra á los Turcos más que de palabra, llegando los jefes del imperio á hacerse tributarios del sultan. Carlos V prefería pelear contra Francisco I; más de una vez había contado con arruinar á su rival; y en medio de eso, ántes de abdicar, firmó una tregua que dejaba á la Francia en posesión de todas sus conquistas en la Saboya y la Lorena: "La Francia, dice un embajador veneciano, se vió más

poderosa que nunca despues de las guerras con el emperador, en que éste se había propuesto abatirla," (1). El genio de las nacionalidades se sobrepuso á la ambición de la monarquía universal.

La oposición á las tentativas de reconstitución del imperio no es más que una de las fases de la lucha entre Carlos V y Francisco I. El rey de Francia hacía causa común con los protestantes de Alemania: de ahí el que la libertad religiosa tuviera tanta parte en la contienda como la independencia de las naciones. Aliado poco leal de la Reforma, Francisco I la protegía en Alemania y la perseguía en Francia; los protestantes no eran para él más que un arma contra su rival. Pero ¿era Carlos V más sincero en la defensa de la vieja ortodoxia? Sus contemporáneos le acusan de haberse servido de la religión como de un pretexto para encubrir sus ambiciosos proyectos. La verdad es que el patrono de la Iglesia romana era un hombre político más bien que religioso; y si tomó la defensa del catolicismo, fué porque sus intereses propios se confundían con los de aquél. De esta manera, los dos rivales no tenían otra mira más que la de su engrandecimiento; y más ó ménos indiferentes á la cuestión religiosa, la explotaban como un instrumento de ataque ó de defensa. Pero lo que no era más que un medio para Carlos V y para Francisco I era un fin para los designios de Dios: se trataba del más grande interés de la humanidad, de la libertad de pensar. Ya quisé truecan los papeles: la Providencia se sirve de la miserable ambición de los príncipes para dejar sentada la libertad religiosa. Francisco I, no obstante su poco afecto hacia la Reforma, se constituye en su protector, y sus incesantes guerras con Carlos V obligan á éste á contemporar con los protestantes y le estorban ahogar la revolución religiosa en su cuna. En definitiva, ninguno de los dos rivales logró el objeto de su ambición: uno y otro hicieron lo que seguramente no querían hacer, pero sí lo que quería Dios: salvaron la Reforma.

Hé aquí una prueba bien evidente de la acción de la Providencia en los destinos del género humano. ¿Se quiere de ello un testimonio todavía más notable y más singular? Nada había de común ciertamente entre los protestantes y los Turcos; hay mas: los reformadores profesaban un san-

(1) NAVAGERO, *Relazione*, 1546 (ALBERI, t. 1, p. 364).

to horror á los infieles, siendo tal su antipatía, que los impelió á una guerra impolítica contra Francisco I, que era su único apoyo. Pero en vano es que los hombres se aparten y se aborrezcan; Dios los une á despecho de sus mismas pasiones, y así fué como los infieles vinieron á ser los defensores de la Reforma. Y no es esto una vana teoría imaginada *á posteriori*: los testimonios de los contemporáneos confirman las lecciones de la filosofía de la historia. Hemos dicho en otra parte (1) que el temor incesante á los Turcos obligó á Carlos V á otorgar á los protestantes concesiones por las cuales se le ha hecho un cargo, porque consolidaron la Reforma. Carlos V estuvo realmente imposibilitado de someter á los protestantes mientras que tuvo necesidad de sus auxilios para combatir á los Turcos. Así que obtuvo una tregua con éstos cayó sobre los confederados de Esmalcalda, y su fácil victoria prometía concluir con la Reforma. Pero entonces fué cuando Mauricio de Sajonia reanimó

la causa del protestantismo, apoyándose en la Francia. En esta ocasión, Soliman dirigió una carta á los príncipes protestantes, y en ella se declaraba su amigo, como aliado de Enrique II, y los excitaba á librarse de la tiranía y de la doblez de Carlos de España: "Le tendrán por su amigo, les dice, todo el tiempo que ellos sean los aliados de su aliado, y espera que esa alianza durará siempre," (1). La coalición de los protestantes y de Enrique II, apoyada por el temible Soliman, obligó al emperador á ceder. Fernando trató con los protestantes en Augsburgo, y Carlos V, que veía desvanecerse el sueño de toda su vida, retrocedió ante aquella concesión suprema; Fernando firmó sin el consentimiento del emperador, y escribió á su hermano que lo había hecho por temor á los Turcos (2).

Hé ahí lo que Dios quería, y lo que querían los hombres.

(1) Puede verse la carta en CHARRIÈRE, *Negociaciones*, t. II, página 219, nota.

(2) LANZ, *Correspondenz Kaisers Karl V*, t. III, p. 666-675.